

Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ageno,
Mi alma no teme.

¡Oh, Cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo con errante mano

Pulse la lira.

POETAS CUBANOS

Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría
Formarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte : siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé : ví al océano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro
Y sus iras amé : mas su fiereza
En mi alma no dejára

La profunda impresion que tu grandeza.

Corres sereno y magestuoso, y luégo
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradoraz faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente.
Que en vano quiere la turbada vista

En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados :
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpe se el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos; sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente pátria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible magestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,

Muelle placer inspiren y ocio blando
En frivolo jardin; á tí la suerte
Guardó más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te vé, se asombra,
Menosprecia los frivoles deleites,
Y aún se siente elevar cuando te nombra.

Dios, Dios de la verdad! En otras climas
Ví mentidos filósofos, que osaban
Excrutar tus misterios ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban;
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad : ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
;Como tu vista mi ánimo enagena
Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tu origen esta? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,

Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad : así del hombre
Pasan volando los floridos dias,
Y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita.
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi misero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¡Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz...? ¡Oh! ;si una hermosa
Digna de mí me amase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
Cuál gozara el mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin pátria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores,
Niágara poderoso!

Oye mi última voz : en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia.
Y yo, al hundirse el sol en Occidente,

Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

GABRIEL DE LA CONCEPCION

VALDÉS (PLÁCIDO)

Nació en la Habana en 1809 y fué bautizado en la casa de maternidad. Sus primeros versos se publicaron en Cuba con el título de *Poesías de Plácido*, y, no obstante sus incorrecciones, llamaron extraordinariamente la atención. Peinetero de oficio, sin padres conocidos, menospreciado por su color, viviendo en la sociedad de otros mulatos como él, desprovistos de educación literaria, es ciertamente pasmoso que escribiera con tanta gallardía, elevándose á veces á la más sublime inspiración. El eminente literato y crítico cubano señor Fornaris, le considera como uno de los poetas que más honran á Cuba, y pregunta con razon: «¿qué poeta, por elevado que lo tengan las glorias de este mundo, no se gloriaría de ser autor de los cuatro siguientes versos?

*De gozo enagenados mis sentidos
Fijé mi vista en las serenas ondas,
Y ví las ninjas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas. »*

Este inspirado vate fué fusilado el 27 de Junio de 1844, gobernando á la sazón la isla de Cuba D. Leopoldo O'Donnell.

LA FLOR DE LA CANA.

LETRILLA.

Yo ví una reguera
Trigueña tostada,
Que el sol, envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara,
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
— La flor de la caña.
La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida